

REVISIONES

³⁰ **M**ientras el mundo se reorganizaba política y socialmente luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, un joven Juan de Dios Vial Larraín, –de tan solo veinte años– escribió para el número 152 de la revista *Estudios* dirigida por el historiador Jaime Eyzaguirre, este ensayo que hoy presentamos en esta nueva sección de **Raíces**: Revisiones.

Estas “reflexiones sobre la libertad” están marcadas fuertemente por el shock que significó el conflicto bélico que indudablemente tuvo una fuerte relativización de la dignidad humana. De esta manera, el estudiante de derecho aborda la crisis espiritual de su tiempo centrándose en la dimensión más profunda del ser humano: su libertad interior y sus amenazas.

Influenciado por autores como Berdiaeff, Pascal, Unamuno, la reflexión del autor advierte los peligros rampantes de una sociedad que sacrifica los valores espirituales fundamentales por la estéril negación. Desde la perspectiva cristiana y con

una intensa prosa, Vial Larraín expone cómo la crisis existencial del siglo XX no es solo un problema de las estructuras políticas o sociales, sino que es un dilema que enfrenta al hombre con su propia esencia, encontrando el remedio en la robustez de nuestra personalidad y fe.

A ochenta años de su publicación y del fin de la Segunda Guerra Mundial, este ensayo resuena en un presente que aún se define por la incertidumbre de la existencia. Las palabras de Vial Larraín nos invitan a reconsiderar y revisitar el significado cristiano de la libertad y la responsabilidad que conlleva vivir de acuerdo a sus designios.

REFLEXIONES SOBRE LA LIBERTAD

Juan de Dios Vial Larraín¹



¹ Abogado y filósofo chileno nació el 10 de agosto de 1924 en Santiago y falleció en la misma ciudad el 7 de noviembre de 2019. Su extensa obra transita por libros sobre Platón, Descartes, Kant entre otros. Se desempeñó como rector de la Universidad de Chile entre 1987 y 1990. Además, desde 1972 fue miembro de número de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales; de la cual fue presidente entre 1990 y 1994. En 1997 recibió el Premio Nacional de Humanidades. El 2024 la editorial *Eunsa* publicó de forma póstuma cuatro tomos de sus obras completas. Agradecemos a la familia Vial Echeverría los permisos para la publicación de este ensayo.

1.

Somos de un tiempo en el que cada gesto y cada actitud nos define y como que acusa nuestra dimensión exacta. Porque toda crisis radical, como la que vivimos tan pronto desemboca en sus últimas proyecciones, entraña una revalorización de las más mínimas actitudes del hombre; entonces es tal el riesgo espiritual e histórico de la existencia, que la conducta no puede ser irresponsable, que las palabras y los actos no pueden derrocharse, ni entregarse al juego del equívoco en el orden de la verdad, ni al juego del oportunismo en el orden de la acción. Es la hora de decir claramente sí o no y de testimoniar en todo instante y ante todas las cosas de qué espíritu somos; ahora en que como nunca se hace urgente para el hombre el deber de asumir una disciplina interior y exterior, una humildad, una valentía y una profunda caridad, para que no sean arrasadas las exigencias esenciales de su persona ni los valores absolutos de los cuales vive.

Una crisis es un fenómeno en extremo complejo, desde que la historia no se da en una línea de continuidad homogénea, sino como el desarrollo progresivo de un plan orgánico, donde cada miembro tiene un sentido y cuyo designio profundo es un Misterio. Acercarse vitalmente a las fuentes de este Misterio, para infundirlo, testimoniarlo y acatarlo en su tiempo, es la actitud histórica del cristiano. Todo alejamiento de esa fuente es un principio de muerte, un recaer en las fuerzas ciegas de la materia, un alejarse del Misterio hacia la oscuridad.

El momento supremo de una crisis se da, además, en términos agónicos que engendran una verdadera espesura de símbolos, de contradicciones, un remolino de valores positivos y negativos, de verdad y mentira, justicia e injusticia, terriblemente hermanados. Todas las cosas aparecen vestidas de engañosos signos, indiscernibles para quien pretenda iluminarlos con sólo sus débiles fuerzas naturales. La peor miseria puede encubrirse tras brillante apariencia y hay fórmulas huecas, pero seductoras, que pretenden calzar los más agotadores problemas. En este trágico carnaval siente el hombre el canto de su naturaleza pecaminosa que le llama a reposar entregándose complacientemente al rumbo de la corriente dominante, cualesquiera que sean su contenido y dirección reales; allí tiene por lo menos el halago de un éxito fácil. Es que, como en los momentos de la muerte individual, así, cuando se asiste a un desmoronamiento histórico, la presencia del demonio es más desenfrenada y eficaz en cuanto se está jugando su carta decisiva.

La profunda insatisfacción de las masas; la lucha de clases; las revoluciones en Rusia y en España; la lucha de naciones en dos feroces y sucesivas guerras mundiales; la prepotencia del imperialismo; la difícil situación de la Iglesia abandonada de las masas y confundida con una simple institución política por el cristiano burgués; el cúmulo de mitos a los que se apegan ciegamente, como

* Fotografía de portada: Bernard Hoffman, Nagasaki, septiembre 1945. The LIFE picture collection.

a papel de moscas, los que no quieren la dura independencia para la verdad, acusan un estado de descomposición social que en los individuos se da en forma de angustia, desorientación, amargura y miedo, aun detrás de presuntos optimismos e ilusiones. Mas esencialmente, encontramos en el hombre contemporáneo una angustia ante lo incierto de la existencia y un anhelo profundamente entrañado de asentarla sólidamente, de salvarse. Así lo expresan un Alemán como Heidegger, un judío como Kafka, un ruso como Berdiaeff, un español como Unamuno. Por eso hoy, cuando vemos que el mundo en que vivimos se equilibra en ese umbral de supremos interrogantes que le plantean el dilema de su existencia o su aniquilamiento, sólo nos cabe para salvarnos asumir una sincera y quizás heroica actitud crítica, una violenta y profunda revisión de todos los actos y una lealtad entera apasionada a los valores que nos edifican, porque vivimos no una crisis de estructuras políticas, ni de normas jurídicas o económicas, ni de vida moral o valores estéticos, sino que todo eso queda comprometido por la verdadera crisis que, sustancialmente, se verifica en el interior del espíritu del hombre. Crisis de muy lejana raíz histórica.

Surge así, con imperiosidad, el deber de estar alerta, concentrados en plena tensión y libertad de nuestra vida interior, para restaurar en nosotros el orden de la Gracia y encarar así, fecundamente, los acontecimientos, sin sucumbir en medio de su borrasca y de su tentación.

2.

Cada instante en la vida del hombre ha de ser ineludiblemente o de tipo creador, o de mero reposo. Es decir, un estar pasivo “en” o “ante” las cosas ya hechas y endurecidas, y por otra un vivir con mayor o menor plenitud, en mayor o menor grado de entrega ese inefable momento auténticamente nuestro que es el de la libertad. Momento creador en cuanto significa algo radicalmente original distinto de todo momento anterior e irreversible en

su integridad en ningún futuro. La libertad es la propiedad fundamental del espíritu que le permite mirar limpiamente el mundo y motivarse sólo por el ser de las cosas y por los valores.

La mayor urgencia de hoy para nosotros es ésta: conquistar y *salvaguardiar* nuestra libertad, y en el orden externo, social, abrirle camino a su capacidad creadora. La plena realización de nuestra libertad interior es el camino de nuestra salvación individual y la de nuestra libertad exterior es la realización de nuestra cultura.

Pero esas dos parcelas de la libertad, la de nuestra vida interior y la de su proyección hacia lo concreto mantienen una interdependencia permanente, de tal manera que la ausencia de la primera, subsistiendo la segunda (la libertad garantizada en la declaración de los derechos del hombre), significa la transformación de ésta en un mecanismo hueco y sin vida que llega a ser, con el tiempo, la puerta abierta a la degradación total del hombre; por cuanto, la pérdida de la libertad interior le sumerge en una vida puramente animal cuyos impulsos, en este caso, no se ven entrabados en su juego ni siquiera por una real disciplina externa. A la inversa cuando está ausente la libertad exterior, lo que ocurre, por ejemplo, en un régimen totalitario o en un estado de anarquía, y vive la libertad interior, aquellos en quienes vive padecerán la angustia de habitar un mundo ajeno y arderá en ellos la noble rebeldía de construir la verdadera imagen de “su” mundo.

Hoy la amenaza se cierne sobre nuestra libertad íntima. Antes dijimos que en este momento era preciso un supremo esfuerzo para sobrevivir y no caer en la barranca de las cosas muertas. Y para *sobrevivirnos* la plena libertad de nuestra vida interior es nuestro mejor, aún, nuestro único instrumento.

Necesitamos forjar y robustecer nuestra personalidad a fin de poder plantarnos en medio de la furia de los tiempos sin ser abatidos y sin que los acontecimientos nos cojan en su determinismo. Cada hombre ha de ser una trinchera imbatible,

que podrá ser flanqueada y dejada atrás, pero que a la larga será el único reducto para una futura reconquista. Necesitamos hombres capaces de hacer historia.

Esta capacidad para no ceder y esta robustez de nuestra fe y nuestra acción sólo es posible merced a un *ascendramiento* y a un intenso vivir de nuestra libertad interior; y es ésta, además, la única manera de entregarnos a las cosas sin perecer.

3.

La idea de la libertad ha sido tal vez una de las más vapuleadas en la historia; su solo nombre parece poseer un extraño hechizo derivado quizás de tener en el hombre una profunda resonancia que hace brotar un conjunto de imágenes, de emociones y de ideas distintas. El mero conjunto de la libertad puede comprometer y despertar desde impulsos biológicos primitivos hasta las más puras vivencias espirituales. Esa honda raíz y esa entidad compleja que posee, permiten que la libertad pueda ser una fuerza inquebrantable del espíritu o, por el contrario, el lado de su debilidad; le confiere, además, un grado que podríamos llamar de imprecisión que permite desnaturalizar e invertir fácilmente el verdadero sentido de la libertad, para aprovecharse de ella con fines torcidos, para encubrir brillantemente lo que no está limpio, para sublimar bajos instintos, para justificar debilidades.

Por eso desde bastante tiempo la libertad ha entrado al mundo arremolinado de los mitos, cuando no ha caído en el campo grosero de la simple propaganda. Por eso hoy es preciso encararla en terreno crítico, señalando por anticipado que, a nuestro juicio, la libertad tiene para el cristiano un planteamiento y una significación muy distante de la que comúnmente se le atribuye y que es algo difícil, verdadero cruce de cuestiones capitales, y que es sacrificado vivirla auténticamente.

Desde luego la libertad no ha sido conquistada políticamente en un fuero o carta constitucional, ni menos puede creerse que ese suceso ocurrió en

el siglo XVIII, marcándose entonces la alborada de una nueva humanidad feliz. Esa concepción naturalista del hombre y de la historia y su consecuente “progresismo” que diviniza el futuro y desprecia el pasado está hoy en total quiebra y queda desde luego fuera de toda concepción cristiana. El desprecio de toda tradición en aras de un desenfrenado futurismo, si no es candidez perjudicial es un caso claro de orgullo y resentimiento.

La libertad no la conquistó ni el sudor ni la sangre del hombre, sino fué el precio de la Cruz en el hondo Misterio de la Redención. Desde entonces pudo el hombre erguir su frente y elevarse del reino de la necesidad y del pecado al cielo limpio de la libertad y de la Gracia. Desde ese instante supremo la libertad del espíritu viene sufriendo las alternativas históricas de la Cruz, que van de la fidelidad a la apostasía, del amor al odio.

4.

La Edad Media realiza una poderosa concentración de energías espirituales cristianas, que vitalizan una sociedad y una ciudad universales. Pero tan pronto la libertad del espíritu es utilizada más allá de su naturaleza y fines propios y acomete con ella la Iglesia empresas y actitudes de política temporal, dándose, además, un intento excesivo de racionalización y acentuándose una voluntad que se sabe dominadora, es decir, tan pronto la libertad se hace descansar desmedidamente en la fuerza del individuo, la poderosa estructura medieval se agota y quiebra. Irrumpe entonces un Renacimiento gozoso, donde ya no tiene trabas el poder creador de la libertad individual; se da un tiempo de esplendor que no dura; es una juventud brillantemente derrochada.

Las diversas formas del humanismo y su apogeo político en la Revolución marcan la aventura del hombre en busca de sí mismo, y a partir de sí mismo; la concepción y construcción del mundo centrada en el ente absoluto del individuo. La libertad es entonces literalmente un desenfreno,



Juan de Dios Vial Larraín en el CEP © Archivo Centro de Estudios Públicos.

un ampliar el campo para la fecunda expansión de esa fuerza fundamental y justificada en sí misma que es la voluntad del individuo. Esta libertad se contempla y goza de sí misma, de su propio movimiento. No cabe aquí hablar de libertad interior, ni menos de una difícil y dura conquista: la libertad es sólo un desbordamiento de impulsos que en el individuo existen sin necesidad de cultivo. El problema está entonces en la libertad de uno frente a otro y luego en la indispensable autoridad. No hay ya problema personal porque la libertad no es sino un problema político, un problema de libertad de expresión, de reunión, de comercio, etc.,

Ha sido ésta una experiencia de la libertad para probar su posible infinitud, de ensayar la virtualidad constructiva y salvadora que podría entrañar su fuerza desatada. Pero la libertad se agotó trágicamente a los pocos pasos; a poco andar quedó vacía y no pudo dar la felicidad que prometió. Más aún, llevada por su misma dialéctica interna llegó al extremo contrario, al de su propia y total negación. El individuo perdió aún el harapo de libertad que le quedaba. Berdiaieff ha señalado ("Sentido de la historia") como prototipo de esa

negación a Nietzsche y a Marx; el primero sacrifica al hombre en aras del superhombre, el segundo lo arroja al hormiguero bestial del comunismo. Es decir, el hombre huye de sí mismo, se horroriza de su propio vacío interior. El hombre moderno está vacío de toda la riqueza ontológica que suministra la libertad verdadera del espíritu; hoy sólo se alimenta de las bellotas de un estéril racionalismo intelectual, de un simple libertarismo o totalitarismo político, de un ateísmo o una fe yerta, con el íntimo desengaño de un pródigo sin arrepentimiento. Este hombre ha perdido la noción de las jerarquías del ser e ignora terriblemente su propio puesto en el cosmos, vive en un estado de agitación que no es dinamismo real sino pobre febrilidad de superficie, entregando por ello su alma y su cuerpo a los triunfadores, a las corrientes dominantes, a todo lo no vedoso, aunque sea falso e injusto, sólo para que el tiempo transcurra pronto, un tiempo sin contenido y poder él acallar su miedo profundo. He ahí el vértice triste de esa experiencia. El hombre agotado y persistiendo en su orgullo, reniega del legado de la Redención, sin conseguir dominar la naturaleza, de la que yace esclavo, sin lograr un orden justo en

la vida de los hombres ni de las naciones y con el abismo de su naturaleza desgarrada de Dios.

Cabe hoy recordar las palabras de Pascal: “En vano joh mortales! buscáis en vosotros mismos el remedio a vuestras miserias. Todas vuestras luces no os pueden llevar sino a conocer que no es en vosotros mismos donde encontraréis la verdad y el bien” (Pensamientos, 430).

El destino esencial del hombre es salvarse. Su última Patria es la Eternidad. Pero este bien no se obtiene sino se conquista en la lucha dolorosa que estamos librando y, decidiendo en cada instante de nuestra existencia. Hay en la esencia del hombre una gravitación hacia lo divino cercada por el pecado, pero que puede rescatarse y ser adecuadamente realizada en cuanto nuestra libertad la asuma en plenitud. De tal manera que la libertad no consiste en la posibilidad de obrar el bien o el mal indiferentemente, lo que conduciría a afirmar que Dios no es libre, porque no puede obrar el mal, sino en la capacidad de escoger los valores y obrar el bien con plena conciencia y aceptación. De ahí la diferencia que en este punto hay entre el hombre y el árbol, en cuanto el árbol puesto en determinadas circunstancias y verificados ciertos antecedentes no podrá dejar de producir su fruto, en tanto que el hombre conservará hasta el último instante, o en el último rincón de su ser, la capacidad de negarse o de cumplir su acto con pleno acatamiento a la ley. Por eso el acto libre es esencialmente un acto de entrega, no un derecho a conquistar, a tener ni dominar, sino un derecho a dar y a ser dominado; un derecho a amar, un acto de amor. Unamuno decía:

*“No canta libertad más que el esclavo,
el pobre esclavo;
el libre canta amor,
te canta a Tí, Señor”*

Así una vez más en la historia trágica del cristiano hay aquí un vencimiento, una derrota para los ojos del mundo, que es humana victoria a los ojos de Dios.

6.

La libertad espiritual del hombre, así entendida, es uno de los nervios que traman esencialmente la historia y el plan providente que en ella se cumple. La historia se realiza en ese arduo diálogo de amor o rebeldía que va cumpliendo la libertad del hombre frente a Dios.

El cristiano, el pueblo cristiano, la Iglesia, son libres en la Verdad y están llamados a serlo plenamente, a rendir su libertad a Dios, para que la Gracia se difunda y vivifique el Cuerpo Místico de Cristo. El cristiano es por eso el fermento de la historia: está llamado a iluminar y dar un destino al paso del hombre por la tierra, por la noche del tiempo. Su misión es de fidelidad, de libertad, de amor. El cristiano está en el mundo, en el centro del mundo, pero cara a la eternidad, porque “no es del mundo”. Ninguna cosa puede quedar fuera de la mano y del corazón del cristiano, nada puede excluir ni menos despreciar, porque “todo lo que acontece es adorable”, como decía Leon Bloy. Pero nada tampoco ha de poder arrebatarlo de su puesto en el mundo; ninguna fuerza, por mucho que arrecie, ha de ser capaz de mover al cristiano de su encrucijada combativa ni enturbiar el rostro limpio de su libertad. De ahí que todo compromiso, toda complicidad y aún todo silencio ante lo que no pertenece a Dios, entraña una renuncia del cristiano, una verdadera apostasía, un servir a dos señores que es no servir a ninguno; por eso no puede desviar sus ojos de los valores eternos para entregarse por entero al juego de lo contingente, porque con ello traiciona su destino y se sumerge en lo temporal surcado por las oscuras líneas de un determinismo hacia la muerte. El cristiano está llamado a vivir una sola libertad, “la santa libertad de los hijos de Dios”. Sólo ella lo capacita para realizarse como hombre, porque es el instrumento de la personalidad.

En ella has de vivir, y morir. ®

“ La libertad espiritual del hombre, así entendida, es uno de los nervios que traman esencialmente la historia y el plan providente que en ella se cumple. La historia se realiza en ese arduo diálogo de amor o rebeldía que va cumpliendo la libertad del hombre frente a Dios. ”